

Discurso de aceptación Doctorado Honoris Causa

Manuel Maceiras Fafián



La Junta de Síndicos
de la
Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico
siguiendo la recomendación del
Ilustrísimo Señor Presidente y de las Facultades Universitarias
y en virtud de los poderes que le otorga
la Junta de Regentes de la Universidad del Estado de Nueva York
confiere al
Dr. Manuel Maceiras Fafián
el grado de
Doctor en Humanidades
Honoris Causa
con todos los privilegios y honores
que a este título corresponden.
Otorgado hon en los Actos de Graduación 2 de junio del 2011
en Ponce, Puerto Rico.



El material publicado en este libro no puede ser reproducido o transmitido bajo ninguna forma, medio o formato, total ni parcialmente, sin la autorización previa por escrito de su editor y autor.

**Discurso de aceptación de Doctorado Honoris Causa del
Dr. Manuel Maceiras Fafián**

Primera Edición 2014

© Dr. Manuel Maceiras Fafián

© Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico
2250 Boulevard Luis A. Ferré Aguayo, Suite 564
Ponce, Puerto Rico 00717-9997
Tel. 787.841.2000

Diagramación y cubierta: Carlos Javier Santos Velázquez
Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico

Impreso en Puerto Rico / Printed in Puerto Rico

Discurso de aceptación de Doctorado Honoris Causa

Manuel Maceiras Fafián

jueves, 27 de febrero de 2014
Parroquia Santa María Reina
Ponce, Puerto Rico

Unánimes en las intenciones, celebramos este acto académico en una Institución que, sin aminorar su rango de Universidad, se acoge a la condición de Católica. Por tal motivo, guardando la coherencia de los significados, quisiera que mis palabras sean tan académicas como acordes con la densidad semántica del concepto *católico* que, sin forzar las acepciones, implica reconocer a *la fe cristiana* como substrato vivificador de los propósitos educativos y científicos de la Universidad que nos acoge.

Pues bien, si ustedes me preguntan cómo trenzar las dos nociones, *universidad y catolicidad cristiana*, me atreveré a compendiarlas en la *virtud de la gratitud*. En su originaria acepción griega, *virtud* designa la *excelencia en la acción*, sin restricciones cuantitativas. Al amparo de su extensión y guardando las precisiones, podemos entenderla como testimonio del entendimiento pero, en no menor medida, como rostro visible de la sensibilidad. Considerada desde el entendimiento, la gratitud consiste en reconocer los beneficios recibidos, correspondiendo generosos a quienes nos los han otorgado. Pero la gratitud es también gracia original de la sensibilidad, alimento subsistente de buenos sentimientos. Supresión del egoísmo vitalista, la gratitud es la memoria del corazón. Si la razón recuerda, el corazón agradece.

Elevando las exigencias de respeto, si nos acogemos al pasaje evangélico en el que Lucas relata la curación de los diez leprosos (17, 11-19), la gratitud es vía privilegiada de acceso a fe. Con una interpretación puramente filológica y textual –y no otra puede ser la mía– así parece confirmarlo la palabra de Cristo cuando, de los diez curados por su omnipotencia, sólo uno, y además samaritano, regresa a darle las gracias. “¿Pero no eran diez los curados?, ¿Dónde están los otros nueve?” –se pregunta sorprendido Jesús–. Y concluye rotundo: “Levántate y vete, tu fe te ha salvado”. Palabras diáfanas según las cuales la gratitud abre y confirma el camino de la fe.

Bajo estas convicciones se tiende el hilo conductor de mis palabras en este acto, en el que me siento gratamente obligado a orientar mi gratitud hacia dos ámbitos bien diferenciados de reconocimiento.

- *En primer lugar*, debo dirigirla a nuestras universidades, a la Católica de Ponce, a la Complutense de Madrid, y con ellas a todos cuantos han contribuido a que este acto se singularice hoy en mi persona. Actitud reconocida, que llamaré institucional y personificada. A ella me referiré en la primera parte de mis palabras.
- *En segundo lugar*, mi gratitud convoca la de todos ustedes, para que, sin temor a la desmesura, agradezcamos unánimes la suerte de haber recibido la herencia cristiana, en la que hemos tenido la dicha de nacer, vivir y convivir cuantos estamos aquí reunidos. No todos los seres humanos han recibido igual don. A tan venturosa herencia me referiré, aunque más brevemente de lo necesario, en la segunda parte de mi intervención.

GRATITUD HACIA LAS PERSONAS

En primer lugar, el Honor que se me concede debo agradecerlo a esta Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico y a las personas que la han dirigido y en ella trabajan. Es de justicia hacerlo así porque, prescindiendo de mis méritos personales, atribuyo este Doctorado Honoris Causa al éxito del Programa de Doctorado que hemos llevado a cabo, en esta Universidad, con la colaboración de muchas personas. Aunque la circunstancia me obliga a la brevedad sintética, en primer lugar debo agradecerlo a Monseñor Félix Lázaro, actual Gran Canciller, en su día Decano que promovió y sustentó, el Programa

durante todo su desarrollo. Y con él, a los sucesivos presidentes, doña Marcelina Vélez de Santiago, Don Alberto Morales, y a nuestro actual presidente, Don Jorge Iván Vélez-Arocho, cuyo interés se hace evidente y manifiesto en este Acto, propiciado por su iniciativa. Con ellos, al actual señor decano del Colegio de Artes y Humanidades, don Alfonso Santiago Cruz.

En el ámbito estrictamente académico, con la asidua atención a todas las diligencias escolares, el éxito de nuestro Programa no se habría alcanzado sin el empeño de doña Enid Miranda Matos. Antigua alumna y doctora por la Universidad Complutense, no sólo tuvo la buena idea de proponerlo y diseñarlo, en colaboración con nosotros, sino la tarea permanente de coordinar sus actividades durante años, de participar en tribunales de los Diplomas de Estudios Avanzados, y de tesis doctorales. Y con doña Enid, doña Migdalia Echevarría fue persona fundamental para alcanzar los excelentes resultados del Programa. Su constante atención y correspondencia, facilitaron todos los problemas con los numerosos profesores que se desplazaron periódicamente, además de la intendencia, la asidua información a los doctorandos, en las engorrosas tareas administrativas. Convencido y sincero manifiesto ante ustedes que sin monseñor Lázaro, sin Enid y sin Migdalia, cada uno de ellos en su orden de responsabilidades, no estaríamos hoy aquí.

Con ellos, debo agradecer la atención que siempre hemos recibido de todo el personal de esta Universidad, incluidos quienes, ya a las diez de la noche, hora final de los cursos, apagaban las luces y cerraban las puertas.

De la Universidad Complutense, estoy representando en este honor que recibo, a mis compañeros y amigos con los que programamos y seguimos, paso a paso, la marcha del Programa y de cada uno de los inscritos en él. Si me correspondió a mí la responsabilidad propia del Decano de la Facultad de Filosofía, no fue menor la tarea de Emilio García García y de Luis Méndez Francisco, así como la permanente, asidua y minuciosa preocupación de doña Alicia Sánchez Domínguez, responsable de la Secretaría de nuestra Facultad, siempre eficaz en las muchas y heterogéneas gestiones. Fue la activa y permanente colaboración de los cuatro, la que alcanzó a coordinar directores con doctorandos, homologación de expedientes, seguimiento y defensa de las tesis y programación de actividades. Por tales razones me atrevo

a pedir que este Honor, atribuido a mi persona, se haga extensivo a Alicia, Emilio y Luis. También a mis compañeros y colaboradores, entre ellos a los veintidós profesores que han impartido cursos y dirigido tesis doctorales, aquí representados por doña Carmen Labrador y don Graciano González.

Ampliando las correspondencias, el vínculo más sólido entre ambas universidades, de ésta que nos acoge y de la Complutense, lo constituye los actores fundamentales del éxito que hoy celebramos. Son el centenar de inscritos durante las cuatro promociones. Todos llegaron a buen puerto, porque en su totalidad alcanzaron el Diploma de Estudios Avanzados, tras los trabajos escritos y exámenes orales correspondientes. De ellos, 31 culminaron su itinerario alcanzando el grado de Doctor, en su gran mayoría con la máxima calificación, ante tribunales exigentes y rigurosos. Me resulta entrañable evocar sus personas, porque los conozco a todos y los recuerdo incluso por su semblanza física. De cada uno, lo digo sin reparo, hemos estado pendientes, atentos a las largas peripecias académicas hasta los días nerviosos de las defensas públicas de sus tesis.

Volviendo la vista atrás, era realmente admirable ver cómo día a día los doctorandos acudieron a esta Universidad, para sesiones de las cuatro a las diez de la noche, hora en que muchos de ellos emprendían el regreso a San Juan, Arecibo, Mayagüez, Cabo Rojo, alguno a Fajardo, en el extremo oriental de la Isla. Diariamente, en días de bonanza o tormentas, la asistencia a los cursos y la atención a las tareas, fue en todos digna de admiración para cuantos tuvimos la suerte de compartir con su diligencia las actividades académicas. Son ellos, los Diplomados de Estudios Avanzados y los 31 Doctores, quienes merecen todo el reconocimiento que pueda compendiarse en este acto referido a mi persona. Con pena debo recordar a los tres fallecidos en el camino. ¡Que en paz descansen Haydée Chárriez, José Arana y Humberto Hernández!

La prudencia impone no sobrepasar el tiempo de tan justas evocaciones. Pero, si ustedes me permiten una licencia de veterano profesor, que no he dejado la escuela desde la infancia en mi Culleredo natal, en La Coruña, y en el colegio salesiano situado exactamente sobre el litoral mismo del Atlántico, mirando hacia América, no puedo ocultar la expresión de un deseo, formulado desde tan ingenua evocación. Es el de interpretar este acto como estímulo a

los compañeros profesores, para que mantengan la subsistencia en el empeño de seguir estudiando e investigando, continuando cada día su formación científica con la máxima seriedad, para concluir sus tesis doctorales quienes ya las han iniciado, y decidiéndose otros a emprender la misma senda. Les aseguro que tendrán cumplida recompensa, inmensa satisfacción, aunque no sea un camino de rosas el que conduce al final. Porque conozco las dificultades, tras un centenar de tesis doctorales dirigidas, y yo mismo las he experimentado, no puedo dejar de congratularme y felicitar con sincero afecto, a todos cuantos ya han alcanzado el grado de Doctor, entre los que incluyo a las dos profesoras de Literatura de esta Universidad, recientemente doctoradas en la Universidad de Valladolid.

Incapaz de prescindir de los sentimientos, me permitiré dos últimas expresiones de mi gratitud. La primera, dirigida a mis queridos maestros salesianos, y a mis muchos y magníficos maestros universitarios, que personifico en el magisterio de Paul Ricoeur. Y, por último, con la venia y comprensión de ustedes, debo expresar entrañable agradecimiento a mi familia, a mi esposa e hijos, a mis nietos, Marta, Gabriel y Miguel. Lo digo ante ustedes con íntima y sincerísima convicción: han sido la subsistencia en el amor, el sosiego y la paz familiar, de los que, gracias a Dios, he disfrutado durante toda mi vida, los que me han estimulado a no dejar de estudiar, dedicarme a la investigación, escribir y cumplir con alegría cotidiana mis tareas docentes y académicas.

GRATITUD POR LA NOVEDOSA COSMOVISIÓN HUMANISTA QUE EL CRISTIANISMO APORTÓ A LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL

Superada la prueba de los afectos, paso a la que, como he adelantado, considero segunda instancia del agradecimiento, con matices menos personales, pero de más hondo y compartido significado. Es el reconocimiento por los inmensos beneficios que, como seres humanos, hemos recibido de la cosmovisión cristiana, valorada a partir de las exigencias de la crítica histórica, no teológica ni religiosa –que no es mi cometido– sino de simple estudioso de las ciencias, las filosofías y la cultura occidentales.

Desde esa perspectiva, consideré siempre un deber de honradez intelectual, manifestar públicamente el agradecido reconocimiento a la herencia cristiana, que irrumpe en la historia como acontecimiento

secular que trastoca las más profundas convicciones de la mentalidad occidental, transmutando sus raíces greco latinas. Y si lo recuerdo en esta ocasión, es porque así lo he reiterado, por lo menos en cuatro de mis libros. (*¿Qué es Filosofía. El hombre y su mundo* (1985): Cincel, Madrid. *Para comprender la Filosofía como reflexión hoy* (1994): Verbo Divino, Estella, Navarra. *La Experiencia como argumento* (2007): Síntesis, Madrid. *Historia de la Filosofía* (2009): SM, Madrid).

La difusión del cristianismo, motivo de fe para el creyente, se convirtió en fuerza motriz que, desde la antigüedad, rehízo todos los cánones cosmológicos y antropológicos anteriores, con la introducción de esenciales y originales innovaciones que ninguna otra doctrina religiosa o complejo sapiencial hizo llegar a la Historia de la Humanidad. Contemplada a su trasluz, la diacronía cultural nos enfrenta a una evidencia: *del cristianismo proceden las motivaciones más influyentes en la racionalización del mundo, los progresos del respeto a la libertad, la atención a los más débiles y necesitados, a partir de la convicción fundamental según la cual **las personas no tenemos precio sino dignidad.***

Que el mensaje de la revelación judeocristiana sea aceptado por el creyente como don sobrenatural de Dios por la virtud de la fe, tal certeza en nada aminora su potencia humanística, hasta tal punto que, bajo su influjo, las sociedades occidentales han ido experimentando progresivas y beneficiosas transmutaciones en la forma de interpretar el mundo, valorar la vida y promover la práctica de relaciones humanas reguladas por las exigencias del respeto mutuo. Es una totalidad constituyente de nuevas formas de pensamiento y acción, que excede los signos y previsiones del más depurado clasicismo grecorromano.

Estos grandes hitos o supuestos culturales, en fin, la nueva *cosmovisión* que el cristianismo introdujo en el tejido intelectual y social de occidente, los compendiaré bajo los siguientes enunciados.

- 1) *Ontología creacionista* - En primer lugar, el cristianismo enseñó y divulgó una novedosa interpretación de la totalidad de la realidad, al situar la causa eficiente y su principio ontológico, no en el caos mítico de los griegos, sino en la acción amorosa y libre de un ser trascendente al mundo. Dicho en términos filosóficos: el cristianismo propone una ontología creacionista que nos eleva a hijos de Dios, por lo que debemos estar filialmente agradecidos. Si un caos preexistente era el inexplicado presupuesto griego para

comprender la *Physis -la naturaleza en su totalidad-* ahora lo es el acto creador de un Dios, que constituye a los entes, también a los humanos, a partir “de la nada”: “*ex nihilo su; et subjecti*” (Tomás de Aquino, *Suma Teológica.*, I^a, q.45, a.1). El concepto de *creación*, objeto de fe para el creyente, aparece como el nuevo principio ontológico, a partir del cual tiene ser y sentido todo cuanto se da en el universo. La fe cristiana brinda, en consecuencia, una posibilidad más humanista, menos naturalizada, que la alternativa que sitúa esa razón suficiente en el determinismo del caos, en la dialéctica de la materia, en la potencia de la energía o en las fluctuaciones azarosas del espacio vacío, de lo que hoy hablan algunos científicos.

Para creyentes o ateos, el acto de la creación se ofrece así como postulado razonable, aunque no demostrable racionalmente, para comprender el origen de los seres. Y esto porque, a pesar del avance de las ciencias, la formulación aristotélica sigue siendo coherente y dando que pensar: algo eterno y necesario tiene que existir, puesto que de la nada no es lógico que se origine algo. El propio sentido común es, pues, el que suscita la invitación a buscar la razón suficiente de todo lo que existe, de este universo que comprobamos a diario con nuestros propios ojos, en el que sobresale como habitante de privilegio el espíritu humano, con inteligencia, voluntad, sentimientos y afectividad. Es, por tanto, lógico y razonable que la causa o razón suficiente de su existencia posea tales facultades.

De este modo, frente al *logos natural e impersonal* de los griegos, las convicciones cristianas introducen la novedad de proponer un principio de realidad dotado de atributos análogos a los de nuestra subjetividad personal, aunque en grado eminente, inexplicables a partir de las articulaciones moleculares de la materia. El Dios que introduce la cosmovisión cristiana no es personificación de las fuerzas ciegas de la naturaleza, ni ser despreocupado por los asuntos terrenales. En correspondencia, los seres humanos no somos consecuencia de poderes herméticos, accidentes inevitables del azar, sino personas engendradas con diseño y amor singulares.

No es extraño, pues, que al trasluz de tales interrogantes, mentes tan lúcidas como las de Aristóteles, Santo Tomás,

Leibniz y Heidegger, o de Werner Heisenberg personificando a innumerables científicos, consideren razonable que nos sigamos preguntando: “¿Qué o quién es la razón suficiente de cuanto hoy comprobamos como realmente existente?”. Pregunta no formulada necesariamente desde la creencia, sino a partir del sentido común enfrentado a la exigencia de dar cuenta de las evidencias sensibles, cuyo dominio y heterogeneidad no pueden esquivar la vigilancia de dos razonables centinelas: el principio de no-contradicción y el de identidad específica del ser humano.

- 2) *Antropología de la libertad*. En segundo lugar, la revelación judeocristiana implica una visión del ser humano concebido como persona, esto es, como ser único y singular por su racionalidad, con vocación biográfica personal, encomendada a la responsabilidad individual, exenta del determinismo moral y psíquico que caracterizó al mundo griego. En la cosmovisión cristiana, las paradojas desaparecen porque nos convierten en dueños de nuestro propio destino, ajenos a la condición trágica de la existencia, a la naturaleza no redimible del mal y a los caprichos de dioses vengativos.

Lejos de toda imagen fatalista, también del comprometido providencialismo, la persona, reconocida como ser libre, se sitúa en el centro del mensaje cristiano que atraviesa e impregna las interpretaciones –antiguas y actuales– sobre el valor y sentido de la existencia humana. Que providencia divina, mal y libertad no sean fáciles de compaginar mediante la simple razón, eso es bien cierto. Pero, a pesar de las dificultades, todos sabemos por experiencia que el ejercicio de nuestra libertad es recurso que esclarece dudas, libera de incertidumbres, habilita fines y proyectos para realizarnos biográficamente como seres responsables de nuestra intransferible personalidad. Los humanos no somos, pues, adorno, objeto divertido o juguetes de la divinidad, como en el politeísmo clásico.

En la nueva cosmovisión cristiana, cesan las disputas entre los hados y el libre albedrío, porque cada ser humano es titular que autogestiona sus propias conductas. Y las vicisitudes vitales no son reverso o consecuencia de los hilos movidos por espíritus manipuladores que rigen las tramas del mundo sublunar articulado por la fatalidad, como entendían griegos y romanos.

Ni resultado de conjunciones azarosas o fragmentos dispersos en las rotaciones del universo.

La consecuencia es que nuestras conductas no se decantan por veleidosas ocurrencias de potencias superiores, porque la libertad individual únicamente se doblega ante el dictamen inexorable de decisiones autónomas. De este modo, el mundo de nuestras vivencias no es escenario de comparecencias azarosas, capricho de agentes ocultos, sino lugar de encuentro y coincidencia feliz de seres que se reconocen fieles a un común denominador: el de su identidad racional y moral. Por esa razón, las vicisitudes humanas se despliegan como una trama trenzada dentro de linderos singulares y personales que delimitan el campo de la ética. De la cosmovisión cristiana, se concluye que *el valor ético* consiste en la responsabilidad de cada cual ante sí mismo, para gestionar su propio proyecto biográfico, valiéndose de la fuerza del libre albedrío para sobrepujar las coacciones pasionales, implícitas e inexorables en un organismo tan complejo como el humano. Esta visión personalizada de la responsabilidad, asimila la ética al gesto capaz de rendir cuentas con seriedad, en primer lugar, ante el tribunal de nuestra propia interioridad, lejos de la actitud que la reduce a un haz de prescripciones puritanas: “Haz esto, no hagas aquello”.

- 3) *Interpretación comunitaria de la existencia.* En tercer lugar, la doctrina cristiana es reincidente en vincular la persona individual a la de sus semejantes, de tal modo que el concepto de pueblo, más tarde el de sociedad, implica relaciones y compromisos interpersonales, que van de los familiares a los políticos, por los cuales nacemos integrados en relaciones de fraternidad, sociabilidad y trabajo. De este modo, el concepto veterotestamentario “pueblo escogido”, con tintes sociológicos más selectivos, adquiere la reformulación evangélica de un universalismo humanista, según el cual todos somos “hijos de Dios”, con la convicción de que los creyentes forman un “cuerpo místico”.

A esta luz, se queda corta la interpretación de la vida comunitaria en términos de estricta justicia. Y, en particular, se rechaza cualquier interacción de las relaciones humanas mediadas por el antagonismo, para traer a primer plano el valor supremo de la caridad como práctica social que, en su dignidad de virtud

teologal, incluye la fraternidad y la solidaridad horizontales como obligación de ayuda y respeto a nuestro prójimo. En el contexto cristiano, el prójimo no es una categoría sociológica, sino el más necesitado, entre los más cercanos. Mentalidad que imprimió cambios profundos en la valoración de la persona y en el respeto exigido a su dignidad, muy alejados del discurso ético y político grecolatino, incluso en las formulaciones más depuradas de Platón y Aristóteles, así como en la legislación civil de la Roma republicana.

A partir de la profesión de la filiación divina, el cristianismo fue inspiración de profundo sentido humanista para la ética, la política, la sociología y la economía posteriores, también en ambientes no creyentes. No en vano un notable intelectual de la llamada Escuela de Francfort, Karl Mannheim, desde su neomarxismo ilustrado, reconoce que, aunque la idea del amor fraternal no sea practicable en su plenitud, ni haya sido históricamente la motivación esencial de muchos cristianos, no por eso debemos dejar de reconocer su fuerza ideológica porque ha influido profundamente en las convicciones políticas y sociales occidentales, atrayéndolas progresivamente a prácticas cada vez más humanitarias (Mannheim, K., *Ideología y Utopía* (1973): Aguilar, Madrid, p. 198).

Desde un punto de vista estrictamente sociológico, no es dudoso que Europa y América, no sólo tengan raíces cristianas, sino que toda su configuración y desarrollo estén vinculados a la expansión del cristianismo, desde los primeros siglos de nuestra era en los países europeos, hasta las gestas misioneras en el Nuevo Mundo. Las evidencias empíricas y la documentación histórica demuestran hasta qué punto las sociedades fueron adquiriendo un rostro más humano al ritmo de la penetración cristiana.

Ampliando las perspectivas, al trasluz de las legislaciones de los estados democráticos actuales, aconfesionales o incluso laicos, es bien perceptible la presencia de las huellas y de los valores procedentes del cristianismo tradicional. Una mirada sin prejuicios no tendrá dificultades en reconocer documentalmente cómo, desde la antigüedad hasta nuestros días, es comprobable la influencia cristiana en asuntos tales como el respeto a la vida y a la libertad de las personas, el bien común, la función social de

la propiedad y el salario justo, con la demanda de instituciones racionalmente éticas. (Cf. M. y Méndez, L., (Coord.) *Los Derechos Humanos en su origen. La República Dominicana y Antón Montesinos* (2011): Sanesteban, Salamanca).

- 4) *Interpretación histórica de la realidad.* En cuarto lugar, frente al *mundo circular griego*, la Revelación cristiana propone una visión de la realidad articulada por una diacronía irreversible, tanto del universo físico como de la existencia humana. Un sentimiento griego generalizado, todavía muy vivo en Platón, entendía que los seres nacen por necesidad natural y por la misma necesidad mueren, retornando a la naturaleza de la que, por su nacimiento, se habían desgajado (Anaximandro, *Fragments*, Diels, 12, B, 1) Para la mentalidad cristiana, el tránsito temporal de los seres no está encadenado a ciclos de eterno retorno, sino encaminado hacia una realización teleológica que cada uno despliega de modo irrepetible en el tiempo de su existencia y, en el caso del ser humano, encuentra consumación en un estado definitivamente eterno. Los seres humanos y su historia, en la cosmovisión cristiana, son originarios e irrepetibles por una triple razón digna de reconocimiento: un acto singular y personal de Dios les dio origen; su historia es intransferible e inaplazable; su muerte es personal y definitiva, pero esperanzada.

En este original contexto antropológico renovado por el cristianismo, la muerte deja de pertenecer al ciclo de las reencarnaciones o a los ritmos naturales en los que también el ser humano participaba, incluso en el pensamiento griego más depurado, y pasa a convertirse en *acontecimiento ante Dios*. No es, pues, trance o suceso absurdo, ni pena, ni condena..., ni tampoco liberación de un castigo, sino momento en el que la vida se desvincula de su condición histórica y temporal para adquirir sentido “meta histórico” y “meta temporal”. De este modo, la muerte se despoja del aspecto trágico, para adquirir caracteres de expectativa, mejor, de comienzo y esperanza, difícilmente comprensibles desde la temporalidad, pero plenamente justificables contando con la eternidad de Dios.

La muerte adquiere, pues, el distintivo de acontecimiento sagrado que inaugura una nueva época, porque cuando acaba un tiempo, sin que sepamos cómo, otro empieza, aunque,

diferente del primero, por cualidades que la inteligencia no alcanza a precisar. Pero aun cuando la razón no comprenda la lógica de tal cronología, el sentimiento la respeta como todo lo que le excede en fuerza y poder. De este modo, la visión cristiana y sagrada de la muerte, responde con lucidez psicológica a la aspiración inscrita en la esencia misma de todo ser vivo, que es la aspiración a perpetuarse, sobreponiéndose a su anquilosamiento, reactivo contra su aniquilación. El creyente sabe por la fe que tal aspiración es cierta. Pero el no creyente se encuentra con la posibilidad menos trágica de que el advenimiento de tan efectiva fatalidad no sea definitivo, sino momento, eslabón y contribución a la milenaria cadena de la renovación de la vida en el universo.

- 5) *Interacción de conocimiento y trabajo.* Como última referencia, en el mensaje cristiano el conocimiento no es simple contemplación, como para los griegos, sino exigencia de acción y transformación de lo que se conoce. Desde sus primeras manifestaciones, el cristianismo enseñó y practicó la voluntad de intervención en el mundo del trabajo y en las actividades terrenales. Incluso la vida contemplativa y de oración, en sus formas originarias, solicitó la participación de lo espiritual en lo mundano y material, rehusando refugiarse en el misticismo intimista y huidizo. El "*Ora et labora*" de las primeras reglas monacales se perpetúa como permanente exigencia de trabajo para que se haga real la presencia de la voluntad de Dios en el mundo de los humanos. Desde sus orígenes, el cristianismo se comprometió en el empeño de humanizarlo cada día más, mediante la práctica exigente del respeto hacia cada uno de nuestros semejantes. Incluso la oración, entendida como plegaria ante Dios, sin riesgo de superstición, se orienta a solicitar su providencia sobre los asuntos de nuestro mundo a la mano.

Estos que he llamado hitos o supuestos cristianos de nuestra cultura, constituyeron una nueva comprensión de la realidad, una original cosmovisión con influencia perdurable en la organización política y social de los países occidentales, que se fueron desarrollando impregnados en gran medida por su fuerza humanizadora, como demuestra su propia historia y atestiguan movimientos, filosofías e ideologías, incluso situadas al margen o en contra de las creencias cristianas. Así puede comprobarse desde el clima de fondo de la nueva ciencia de Copérnico,

Kepler, Galileo y Newton, todavía en un contexto creyente. Pero el germen cristiano está presente en los movimientos que configuran la Ilustración desde mediados del siglo XVIII, y en las formulaciones más aparentemente antirreligiosas o radicalmente materialistas de los siglos XIX y XX. En ellos se consolida el concepto de “Derechos Humanos” que, en su fondo y en su práctica, no son sino la extensión política y social de las exigencias del respeto a la vida y a la dignidad de las personas, pivote de la moral cristiana. Es un tópico, pero a mi juicio cierto, afirmar que “libertad, igualdad, fraternidad”, ideales del laicismo ilustrado, no son sino la secularización de las exigencias prácticas de la virtud teologal de la caridad. Véase, como confirmación, la Ilustración francesa, de P. Bayle a Montesquieu. Y, en otro contexto, la exaltación antropológica de Feuerbach y Nietzsche, o el materialismo sociologista del propio K. Marx, se articulan a partir de motivaciones cristianas, aunque invertidas y reducidas a términos puramente temporales.

LAS EXIGENCIAS SOCIALES DEL CRISTIANISMO EN LA DOCTRINA PONTIFICIA

Sin ajustes de conveniencia, lo que he comentado sobre la influencia de la cosmovisión cristiana en la historia social y cultural de occidente, formulada desde una objetividad comprobable, ajena a toda creencia religiosa, es asunto reiterado y encarecido por la doctrina pontificia. Me parece oportuno evocarla, aunque en somera síntesis. Obligado por la brevedad e invirtiendo la cronología, recordaré solamente tres documentos de los tres últimos Papas, en los que se reitera el papel de la fe cristiana en la comprensión y transformación de las realidades de nuestro propio mundo.

En primer lugar, debe mencionarse la sugerente encíclica del Papa Francisco, *Lumen fidei*, –*La luz de la fe*– (29, Junio, 2013). Me atrevo a compendiar el fondo de su mensaje en la convicción según la cual la fe permite percibir y profundizar, con eficaz lucidez, el sentido del mundo y de las propias complejidades antropológicas. La fe es luz que ilumina y favorece la agudeza de la mirada para apreciar con mayor intensidad y profundidad el sentido de las realidades cosmológicas. Si se me permite la expresión, la luz de la fe alcanza a horadar la corteza del mundo para hacer más visibles sus esferas ocultas, esclarecer sus

estratos profundos y escondidos, no perceptibles a primera vista, tanto en la naturaleza inorgánica como en la heterogeneidad de la biosfera, en cuya amplitud el ser humano ocupa un lugar de privilegio.

En segundo lugar, es obligada la atención a la sólida argumentación de la encíclica de Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, de junio de 2009. Desde su Introducción, hace explícito el mensaje profundamente humanista según el cual la caridad, entendida como solicitud práctica hacia los más necesitados, es la “vía maestra de la doctrina social de la Iglesia” (Intr., 2). Y en el capítulo I, Benedicto XVI recapitula las exigencias humanistas de la fe, evocando la doctrina de sus predecesores: *Rerum novarum* de Leon XIII, *Pacem in terris* de Juan XXIII, *Populorum progressio*, de Paulo VI. Son documentos pontificios que, interpretados a partir de una simple y neutra analítica textual, aparecen impregnados por las solicitudes de la sociología política actual más humanista, en relación con las exigencias de respeto a los derechos humanos fundamentales.

Por último, no se puede dejar de recordar la documentada encíclica de Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, (septiembre, 1998). Desde sus primeras líneas, recordando el *Conócete a ti mismo* grabado en el frontispicio del templo griego de Delfos, el Pontífice hace valer la fecunda cooperación entre aspiraciones de la razón y enseñanzas de la fe. Si, por una parte, la razón ansía sobrepasar sus propias limitaciones intelectivas; por otra, la fe aparece como iluminación razonable que brinda motivos para colmarlas. Se hace así coherente que si “*Creo para entender*” –título del capítulo IIº–, no es menos razonable que “*Entiendo para creer*”, –título del capítulo IIIº–. Y así es, porque la fe amplía los horizontes de la razón hacia ámbitos de verdad que por sí sola no logra alcanzar.

La presencia razonable de la fe cristiana en los asuntos humanos, mensaje de los dos capítulos citados, se amplía en el capítulo IV con la reflexión sobre la *Relación entre la Fe y la Razón* cuya consonancia, continúa el Pontífice, propiciará la interacción entre Teología y Filosofía (Cap. VI), así como la fecundidad de la Palabra de Dios en el mundo actual, transido por sus endémicas crisis asociadas al cienticismo, pragmatismo y nihilismo (Cap. VII). Esta *ausencia de contradicción* entre la razón y la palabra divina, permitirá que la filosofía, esto es, la reflexión sobre nuestras experiencias más humanas, pueda encontrar

de nuevo:

“su *dimensión sapiencial* de búsqueda del sentido último y global de la vida... proponiéndose así como última instancia de unificación del saber y del obrar humano... hoy más indispensable en la medida en que el crecimiento inmenso del poder técnico de la Humanidad requiere una conciencia renovada y aguda de los valores últimos” (VII, 81).

No aboga Juan Pablo II por el vituperio a los tiempos que nos toca vivir, ni hacia la ciencia y la tecnología que los recubre, sino que pide no perder de vista el sentido y el valor de nuestra existencia de seres con espíritu original y único en el universo. Por dispersos que sean sus quehaceres y complejos los instrumentos para llevarlos a cabo, cada ser humano tiene una misión encomendada a su propia y exclusiva responsabilidad: su vida biológica y su vida biográfica, que no puede anegarse en los infinitos utensilios de los que dispone. El mensaje de la fe no aparta, pues, del mundo, sino que invita y contribuye a evaluar las cosas reales, para atribuir a cada una su peso y densidad, con el fin de salvaguardar la identidad específicamente humana.

Este compendio doctrinal pontificio contemporáneo, actualiza una larga tradición en la historia del pensamiento occidental, jalonada, entre muchos otros, por San Agustín, San Anselmo y, como conjunto argumentado más explícito, por Santo Tomás. Son incontables sus textos, en los que trata ampliamente los vínculos éticos y de estricta justicia, que deben regular las relaciones entre los seres humanos. El Doctor Angélico es insistente y reiterativo señalando las dimensiones humanitarias de la fe cristiana. (Cf. *Suma Teológica.*, II^a, II^ae, 57 y ss.; I^a, II^ae, 95, 4).

Según esta interpretación puramente textual, estos documentos pontificios, avalados por los textos bíblicos, se inscriben en la gran tradición reflexiva que acabo de citar, y confirman las conclusiones que puedan deducirse de cualquier análisis objetivo sobre la influencia del cristianismo en la marcha de las sociedades occidentales. Desde la antigüedad, creyentes o ateos, somos todos acreedores de los supuestos de la cosmovisión cristiana: *la interpretación creacionista del universo, la antropología asociada a la libertad, la sociología comunitaria, la visión histórica de la existencia con el esperanzado sentido de la muerte, y la*

renovada interpretación del trabajo.

Tales convicciones, implícitas en la herencia cristiana, constituyen un legado tan profundamente humanista que, a mi juicio, convoca la gratitud de cuantos hemos tenido la dicha de nacer en el seno de sociedades cuya historia transcurrió a la luz y al ritmo de la propagación del Evangelio. Ese es el motivo más exigente de nuestro reconocimiento.

En cuanto he dicho se compendian las razones que, con independencia de mis méritos científicos y académicos, me llevan a concluir reiterando lo que decía en primeras palabras. Manifestar mi reconocimiento a esta Universidad Pontificia y a las personas que en ella contribuyeron a hacer posible este acto que estamos celebrando, en el que represento a mis compañeros y colaboradores de mi universidad Complutense. Y, sobrepujando los sentimientos, manifestar por último el deseo de que este mismo acto sea ocasión y motivo para convocar, con mi gratitud personal, la de todos nosotros por la herencia cristiana que nos *elevó a hijos de Dios, en un mundo de seres libres y solidarios, transitando un tiempo convocado por la esperanza.*

Muchas gracias a todos ustedes, por su atención

Manuel Maceiras Fafián

Ponce, P.R., 27 de Febrero de 2014

**“Discurso de aceptación de
Doctorado Honoris Causa”** se
compaginó en Adobe InDesign CS6,
utilizando las

familias tipográficas Kinesis Pro 3 y
Chaparral Pro.

**“Discurso de aceptación de
Doctorado Honoris Causa”** fue
impreso por Imprenta Llorens en Juana
Díaz, Puerto Rico

en el mes de abril 2014



Nuestro himno

LETRA:

Carlos Méndez, Milagros Mayoral,
Carmen Acosta, Marisabel Ruíz

MÚSICA:

José R. Echevarría

Alegres cantemos
a nuestra Alma Mater
este himno,
símbolo de fe.
Celosos pongamos
en alto tu nombre;
orgullosos veamos
en ti nuestro ideal.
De azul, oro y blanco
tu bandera ondeará;
miles de esperanzas
vamos por ti a realizar.
Con paso firme
siempre nos guiarás
a través de la vida
con tu ciencia y verdad.
Nunca, te habremos de olvidar,
fuente de amor y de saber
Unida a Dios estarás
Siempre en nuestros corazones.

¡A luchar Pioneros, adelante!
¡A vencer con la Universidad!